

esta clase de individuos, por útiles que sean para sí mismos, para sus familias, y para su país, son por lo comun de poca elevacion. Tal es la impresion que produce la lectura de los escritos de Franklin; todo respira en ellos agudeza y juicio, pero limitados. En política, habia llevado de Francia ideas tomadas de Turgot y de los filósofos de aquella época, y esta adopcion fué poco feliz. Por ejemplo, la apropiacion de la idea de dos asambleas, de las cuales decia que se le figuraban un carro con un caballo atras y otro adelante, tirado en opuesto sentido. La comparacion era chistosa, en efecto, lo cual no impedia que Franklin desconociese el aspecto importante de la cuestion, que una sola asamblea es necesariamente un poder sin contrapeso ni responsabilidad, es decir, el peor de los despotismos, con todos los arranques, con todas las pasiones y debilidades de ese mal gobierno. La asamblea única es la hidra de muchas cabezas, poder debilísimo y violentísimo al mismo tiempo. La historia no ofrece ejemplo de asamblea única que no haya llevado á los pueblos hasta la revolucion, hasta la anarquía, hasta el despotismo, su heredero ordinario: argumento es este que el chiste mas ingenioso no puede rebatir. Franklin llevó igualmente de Francia la idea falsísima de que el presidente de una república y los principales funcionarios no deben ser retribuidos. Esta falta de sueldo constituye forzosamente una aristocracia, sin aumentar el número de gente virtuosa: es menester recordar siempre el dicho de Talleyrand, á propósito de no sé qué empleado: «¿No pide nada? Pues ha de costar muy caro.»

Si ciertas ideas políticas de Franklin no eran perfectas, en cambio llevaba á la convencion un grande elemento de concordia y de paz: Franklin, ese patriarca respetado por todos, temido por su chispa y por su malicia, podia permitirse decir la verdad á todos sin ofender á nadie. Cuando las pasiones se agitaban en extremo, tenia por costumbre recordarles que se encontraban en la convencion para dar una Constitucion á la América, no para reñir; y á los que le contestaban que no podian desdecirse, contestaba que no era siempre prueba de sensatez el no cambiar de opinion.

Terminada que fué la Constitucion, Franklin, que no gustaba de ella, pero que conocia la necesidad de establecer un gobierno, hizo leer por Wilson el siguiente discurso, testamento político digno de su autor.

« Señor presidente: Confieso que cierta parte de la Constitucion no « tiene por ahora mi aprobacion; sin embargo, no sé si la tendrá algu-  
« na vez. He vivido mucho tiempo y la experiencia me ha obligado á  
« menudo á cambiar de opinion sobre materias importantes: creia tener  
« razon; pero, mejor informado, estudios mas profundos me demostra-  
« ban lo contrario.

« Ved por qué, cuanto mas envejezco, me siento mas inclinado á du-  
« dar de mi propio juicio y á respetar el ajeno. La mayor parte de los  
« hombres, en verdad, así como la de las religiones, se creen poseedo-  
« res exclusivos de la verdad, pareciéndoles que todo lo que difiere de  
« sus opiniones es errado. El protestante Steele decia al Papa en cierta  
« dedicatoria, que la única diferencia entre ambas Iglesias, respecto á  
« certidumbre de doctrina, estribaba en que *la Iglesia romana era in-*  
« *falible*, y la de Inglaterra *no se equivoca nunca*. Sin embargo, aun-  
« que mucha gente no deje de tener una idea tan elevada de su propia  
« infalibilidad como de la de su secta, hay pocas que lo demuestren tan  
« candorosamente como una dama francesa que disputando con su her-  
« mana, le decia: « Hermana mia, no sé por qué será que siempre ten-  
« go yo razon en cuanto sostengo contrario.»

« Bajo la impresion que me domina acepto esta Constitucion con to-  
« dos sus defectos, si es que los tiene, porque pienso que necesitamos  
« un gobierno general, y que toda forma de gobierno llega á ser una  
« bendicion para el pueblo, siempre que se le administre bien. Ademas,  
« creo que nuestro gobierno será bien administrado por muchos años y  
« que no se convertirá en despotismo (como ha sucedido á tantos otros  
« americanos), sino cuando el pueblo se haya corrompido y requiera un  
« despotismo por incapacidad de soportar otra especie de gobierno.

« Dudo tambien que tengamos probabilidad de tener una Constitu-  
« cion mejor que la presente, formando otra convencion; porque, cuan-  
« do se reúne cierto número de personas para aprovechar la suma de  
« sus luces, se reúnen inevitablemente con todos esos hombres sus preo-  
« cupaciones, sus pasiones todas, y tambien todas sus ideas falsas, sus  
« intereses locales, y su egoismo entero. En una asamblea compuesta  
« de esta manera, ¿es posible esperar una obra perfecta? Por el con-  
« trario, me admiro de ver que nuestro trabajo se acerque tanto á la  
« perfeccion, y pienso que asombrará á nuestros enemigos, que esperan

«confiadamente la nueva de que nuestras asambleas han caído en la  
«confusion que se apoderó de los constructores de Babel, y que nues-  
«tros Estados están á punto de separarse para no volverse á acercarse  
«sino para decapitarse recíprocamente.

«Yo acepto, pues, esta Constitucion, porque no espero otra mejor,  
«y además, porque no estoy seguro de que no sea la mejor; sacrifico  
«al bien público la opinion que me he formado sobre sus defectos. Nun-  
«ca la he criticado fuera de este recinto; dentro de él han nacido y de-  
«ben morir mis dudas.

«Si al volver al lado de nuestros comitentes, cada uno de nosotros  
«debiese llevarles sus objeciones y procurar hacerse de prosélitos, im-  
«pediríamos que la Constitucion fuese admitida por la generalidad, y  
«perderíamos todos los efectos saludables y las grandes ventajas que  
«puede procurarnos en el extranjero ó en nuestro país, la unanimidad  
«real ó aparente. La fuerza y la eficacia de un gobierno para procu-  
«rar ó asegurar la felicidad del pueblo, dependen mucho de la opinion  
«general que se forme respecto á la bondad del gobierno mismo, como  
«también de la sabiduría é integridad de los que gobiernan.

«Espero, pues, que consultando nuestro propio interes, como miem-  
«bros de la nacion, y el interes de la posteridad, obraremos cordial y  
«unánimemente para recomendar esta Constitucion por doquiera se  
«extiende nuestra influencia; y que dirigiremos en adelante nuestros  
«esfuerzos y nuestros pensamientos á investigar los medios de hacerla  
«cumplir exactamente.

«En resumen, yo no puedo prescindir de manifestar el voto de que,  
«si alguno de los miembros de la convencion tiene objeciones que opo-  
«ner á la Constitucion, ese individuo tenga á bien hacer lo que yo,  
«dudar un poco de su propia infalibilidad, y firmar este acto para ma-  
«nifestar nuestra unanimidad.»

La proposicion de Franklin no fué aceptada; tres personas, Ran-  
dolph, Mason y Elbridge Gerry, no firmaron la Constitucion; el pri-  
mero por una dificultad nacida de su situacion, pues habia sostenido  
la Constitucion ante la convencion de Virginia: los otros dos, por odio  
al gobierno *consolidado ó centralizado*. Sin embargo, puede decirse  
que la influencia de Franklin fué benéfica, y que merced á él, la ma-  
yoría fué quizá mas considerable.

Franklin tuvo una expresion digna de Sócrates, en los momentos de  
firmar la Constitucion. Detrás del sillón presidencial, del asiento que  
ocupaba Washington, se hallaba un cuadro muy mediocre que repre-  
sentaba un efecto de sol. Franklin, señalando ese cuadro á los que se  
hallaban cerca de él, les dijo: «Los pintores declaran que en su arte  
«es muy difícil distinguir una salida, de una puesta de sol. En el cur-  
«so de esta sesion, en medio de las alternativas de temor y de esperan-  
«za, he mirado muchas veces esta pintura sin acertar á explicarme si  
«era un sol naciente ó un poniente el que se habia querido represen-  
«tar en ella; pero ahora veo con gran satisfaccion que es un sol na-  
«ciente.»

En efecto, era el sol de la libertad que despuntaba sobre la Améri-  
ca y sobre el mundo.

Quando se sometió la Constitucion al sufragio popular, Franklin  
estaba expirando: no podia formar parte de una convencion de Esta-  
do; pero podia escribir todavía, y sabeis que sus últimos escritos no  
son los menos notables, especialmente el referente á la esclavitud, que  
es una de sus obras mas ingeniosas. Es imposible combatir esta abo-  
minable institucion con argumentos mas vigorosos.

El escrito que publicó Franklin en favor de la Constitucion, es una  
parábola titulada: *Comparacion de la conducta de los antiguos ju-  
díos, con la de los antifederalistas en los Estados- Unidos.*

«Un celoso abogado de la Constitucion federal ha dicho en cierta  
«asamblea, que la repugnancia de la mayoría de los hombres por una  
«buena Constitucion era tan grande, que si un ángel nos trajese del cie-  
«lo una Constitucion hecha á propósito para nosotros, esta tendria con-  
«tra sí una oposicion violenta.

«Se le reprochó la extravagancia de su opinion; pero el autor no se  
«justificó. Probablemente no le ocurrió por el momento que el expe-  
«rimento se habia hecho ya, y que lo refiere la mas fidedigna historia,  
«la santa Biblia: de otra manera, me parece que habria fundado su té-  
«sis en esta autoridad irrecusable.

«Al Sér Supremo plugo educar una familia, y hacer de ella un  
«gran pueblo. Despues de haberlo libertado de la servidumbre por  
«medio de muchos milagros realizados por Moisés su siervo, Dios dió  
«á este siervo escogido, en presencia de toda la nacion, una Constitu-

«cion y un Código que el pueblo debía observar. Este Código tenia  
«por apéndice y por sancion la promesa de grandes recompensas, la  
«amenaza de severos castigos, como consecuencia de su observancia ó  
«de su violacion.

«Esta Constitucion, aunque presidida por la divinidad (y es por eso  
«que la denominan Teocracia los publicistas), no podia ejecutarse sino  
«por intermedio de los ministros de Dios: fué por esto que Aaron y  
«sus hijos, lo mismo que Moisés, fueron instituidos *primeros minis-  
«tros del nuevo gobierno.*

«Era de esperar que un pueblo agradecido hubiera recibido gusto-  
«so el nombramiento de hombres que se habian hecho conocer procu-  
«rando la libertad de la nacion, y que habian expuesto su vida, ope-  
«niéndose abiertamente á la voluntad de un monarca poderoso, que  
«queria retener al pueblo en la esclavitud. Habria podido creerse tam-  
«bien, que una Constitucion hecha expresamente para ellos por la di-  
«vinidad, tendria unánime aprobacion. Pero es el caso que en cada una  
«de las trece tribus se hallaban gentes descontentadizas é inquietas  
«que excitaban continuamente al pueblo á desechar el nuevo gobier-  
«no, por diversidad de motivos.

«Algunos conservaban afeccion al Egipto, país de su nacimiento, y  
«estos, así que se presentaba el menor inconveniente ó dificultad, *efec-  
«to natural é inevitable de todo cambio de situacion,* se quejaban de  
«sus gefes, los hacian autores del mal, y no solo querian volverse á  
«Egipto, sino apedrear á sus libertadores.

«Los que se inclinaban á la idolatría, murmuraban porque se habia  
«destruido el *vellocino de oro.* Muchos gefes pensaban que la nueva  
«Constitucion seria nociva á su interes particular, y que *los amigos y  
«parientes de Moisés y de Aaron serian preferidos en los empleos  
«mas ventajosos.*

«Josefo, y el Talmud nos dan sobre esto ciertos detalles que no se  
«encuentran en la Escritura, y nos dicen que Corah, aspirante al sa-  
«cerdocio, y envidioso de que se lo confriesen á Aaron, se quejó de  
«que Moisés, *empleando ciertos manejos,* hubiese obtenido *fraudulen-  
«tamente el gobierno, privando al pueblo de sus libertades,* y conspi-  
«rando con Aaron, *para perpetuar la tiranía en su familia.* Así, aun-  
«que el verdadero motivo de Corah fuese el de suplantar á Aaron,

«persuadió al pueblo de que no le llevaba mas objeto que el del bien  
«público.

«El pueblo, seducido por sus insinuaciones, empezó á quejarse; Moi-  
«sés fué acusado de ambicion y de *peculado.* De esto último no ha-  
«bia prueba; entretanto *los hechos ciertos* son susceptibles de prueba  
«por su misma naturaleza. Pero estas acusaciones encuentran siempre  
«eco entre la multitud, porque no hay acusacion mas fácilmente he-  
«cha, ni aceptada por los pillos, que la acusacion de pillería.

«Finalmente, doscientos cincuenta de los principales *famosos entre  
«las tribus,* hombres de reputacion, se pusieron á capitanear la mul-  
«titud que excitaban, y la llevaron hasta el frenesí gritando: *Apedread-  
«le, apedreadle para garantir nuestras libertades.*

«De todo esto se infiere que los israelitas eran un pueblo celoso de  
«su libertad nuevamente conquistada: este celo no es en sí mismo un  
«defecto; pero dejándose llevar por hombres intrigantes que hablaban  
«de *interes público pensando en el suyo,* el pueblo de Israel se atra-  
«jo las mayores desgracias.

«Esta misma historia inapreciable nos enseña tambien, que despues  
«de una serie de siglos, cuando esa Constitucion envejeció y se cor-  
«rompió, cuando trataron de su reforma, el populacho, cuyos antepa-  
«sados habian acusado á Moisés de ambicion de mando gritando: *Ape-  
«dreadle, apedreadle,*» excitado por el gran sacerdote, y por los es-  
«cribas, acusó al Mesías de querer ser rey de los judíos, gritan-  
«do: *Crucificadle, crucificadle.*

«De lo que podemos inferir, que la oposicion de la multitud á una  
«medida pública, no es siempre prueba de que esta sea mala, aun cuan-  
«do la oposicion sea excitada y dirigida *por hombres distinguidos.*

«Yo no deduciré de esto que nuestra convencion general haya sido  
«inspirada por la divinidad, puesto que encuentra tan irracional ope-  
«sion; pero confieso que me asiste tal fé en el gobierno general del  
«mundo por la Providencia, que no puedo concebir que un acto tan  
«importante para la felicidad de muchos millones de hombres que exis-  
«ten hoy, y que formarán una gran nacion, que ese acto, digo, haya  
«podido verificarse sin influencia, direccion y gobierno de ese Señor  
«Todopoderoso, Omnipotente, siempre Bueno, en el cual todos los sé-  
«res inferiores viven, obran y existen.»

Franklin alcanzó á ver plantear la Constitucion, y en una carta que escribia á Washington en 1789, al principio de su presidencia, le decia: «Por lo que hace á mi propio interes, mejor me valiera haber «muerto dos años ha, porque de entónces acá sufro atroces dolores: «no me pesa con todo haberlos vivido, pues, me es dado contemplar el «presente.—Termino mis ochenta y cuatro, y probablemente mi vida «terrenal; pero cualquiera que sea el puesto que me quepa mas allá «de la vida, si se conserva memoria de lo que pasa en la tierra, con- «servaré la estimacion, el respeto y el afecto con que he sido amigo «vuestro por tanto tiempo.»

«En su testamento legó á Washington su baston: «*Lego, dice, mi «baston de manzano silvestre, con un hermoso puño de oro represen- «tando el gorro de la libertad, á mi amigo, al amigo del género hu- «mano, al general Washington. Si fuese un cetro, seria digno de fi- «gurar en su mano.*»

¡Veis lo que son los hombres que hicieron la Constitucion americana! ¡cuán diferentes ¡ay! por el buen lado, de los de la revolucion francesa! En esta solo encontramos partidos que se hacen encarnizadamente la guerra, gente que sostiene cada cual su sistema, inexorablemente para con los que disienten. No hablo de la diferencia entre girondinos y jacobinos, si bien, á decir verdad, cuanto mas he querido explicármela, ménos he acertado á descubrir en lo que consistia: no puedo tomar á lo serio esa acusacion de *federalismo*, inventada para guillotinarlos; no puedo absolutamente ver lo que separa políticamente á Danton de Robespierre, ni ménos apercibir en sus sangrientas luchas otra cosa, sino ódios furiosos y rastrera rivalidad: lo que divide á estos hombres no son ideas, sino pasiones, de que la Francia es víctima.

Por el contrario, mirad lo que pasa en América: la Constitucion no satisface á nadie. Hamilton, que habia sido el primer autor de la reunion, declara que ninguno está ménos satisfecho de ella que él mismo: segun su modo de ver, la Constitucion era demasiado democrática; no lo era bastante para Franklin: Washington desconfiaba de su éxito. Randolph votó contra ella. Nadie creyó en su éxito; pero ¿se asociaban acaso estos hombres para derribar ese edificio vacilante, exponiéndose á perder el país entregándole á la anarquía? No.—Todos esos hombres eran patriotas, avezados á los negocios públicos; todos pro-

fesaban la misma idea. «Ensayemos la Constitucion, y á fuerza de buena voluntad corregirémos sus defectos.»

Gran leccion, señores, que nos enseña que no hay Constitucion alguna que no pueda producir libertad, cuando la ejecutan hombres de corazon, deseosos ante todo del bien público. Este es el gran mérito de la revolucion americana, que ha traído al mundo un noble ejemplo, el de los hombres de bien, divididos en opiniones, pero unidos por el patriotismo, sin otro pensamiento que el de asegurar la libertad en su país. Ved aquí la grandeza de los Hamilton, de los Madison, de los Franklin, y ántes que nadie de Washington.